

La escritura como despojo y fragmento

ÁLVARO RUIZ ABREU

I

¿Vivimos en una época de cosas inconclusas, en un tiempo de fragmentos? El escritor atiende al llamado de los bocetos, retazos, comentarios al margen, elementos de una obra que no escribirá jamás. No ha llegado aún el libro, la totalidad escrita. En tanto se nos aparece, "lo que construimos son apenas fragmentos; guiñapos a la espera del texto único y definitivo". Construir fragmentos, y la novela moderna se asienta en esta premisa, es al mismo tiempo construir la verdadera imagen del hombre que es también despojo, un desposeído. La cita de Ossip Mandelstam es infundible:

Destruid los manuscritos, pero conservad lo que habéis escrito al margen por aburrimiento, ineptitud y como en sueños. Esas creaciones secundarias e involuntarias de nuestra fantasía no se perderán en el mundo, se instalarán de inmediato tras los pupitres en sombras como terceros violines de ópera en el teatro Mariinsky.

La cada vez más preocupante producción masiva de libros, textos literarios de muchas clases, tiende a volverse un centro de discusión crítica. El libro permanece, mientras el lector sigue su camino en la sociedad posindustrial de su tiempo. Mira ese producto salido de las máquinas modernas de impresión y ya no le causa mayor placer ni entusiasmo. El libro, según Chartier, ha dejado de ser fuente de conocimiento, ya no es más un valor, el guía, el maestro de la sociedad, esta función la ganó hace mucho la televisión. En su lugar se encuentra la pantalla frente a la cual el lector ya "no lee" hablando en sentido literal un libro con su pasta dura, su encuadernación, sus ilustraciones, sus capitulares,

sino un texto que puede armar, anotar, subrayar, es decir, un texto para ser cambiado, transformado.

Cómo crear de nuevo una cultura en la que el libro vuelva a ser un objeto atado a la permanencia, la escritura como "un movimiento perpetuo" de ida y vuelta. Recordando que el trayecto de la escritura es amplio, inacabado, que su registro no incluye solamente a las celebridades y sus obras "terminadas", aunque es obvio que esta idea es una quimera, sino a los escritores de las márgenes, a la escritura fragmentada que se traza en diarios, autobiografías, textos sin género "oficial", apuntes, cartas, memorias. Es una escritura de variados tonos e invocaciones no del paraíso sino del destierro que va de Efrén Rebolledo a Macedonio Fernández, Lezama Lima, Julio Torri, desde Borges y Bioy Casares a Julio Ramón Ribeyro, Augusto Monterroso. Sustentada en una murralla de la vida cotidiana, esta literatura parece construirse de retazos de un mundo hecho también de retazos, y que busca la biblioteca ideal, una reinvención del texto.

II

El objetivo de este razonamiento es revisar la escritura que se sale del canon, y que parece afuera del escritor, la que no obedece a "su proyecto", sino la que se le escapa. El contenido de las *Prosas apátridas* (1975) de Ribeyro sería el ejemplo típico de una literatura que quiere negar el estatuto del género, y busca su propia definición en el trayecto. En esta situación límite, sin definición precisa se encuentra el diario, la autobiografía, el ensayo y la crónica, parecen subgéneros en movimiento que acatan no la voluntad del autor sino el destino de su propia sintaxis: el de situarse entre la orilla de la escritura y el

margen de libertad que le otorga su desobediencia canónica.

Pero ¿quién lee esta escritura al margen? Más aún ¿cuál es su función en nuestra cultura literaria? En primer lugar hay que establecer la importancia de esa literatura como un tejido minucioso mediante el cual se trata de restaurar aquellos hoyos dejados por una prosa que no crea en apariencia una unidad, sino atiende el llamado de lo disperso. Su destino es el lector informal, sin ataduras, dispuesto a la aventura de construcción de una historia o una vida, una idea o un lugar, que debe reconstruirse mediante la imaginación, el arrebató simple y sincero, la pasión entrevistada por el mensaje de una escritura que se niega a ofrecer un mensaje.

Estudiar la literatura al margen no es una modalidad ni siquiera algo frecuente en nuestro tiempo, pero los defensores del género híbrido iniciaron hace tiempo un regreso a la propuesta de revaloración de la escritura no celebratoria sino discreta, tampoco la escritura de la vanidad sino la del desasosiego. Retomar esa escritura ha sido el propósito de la crítica española Esperanza López Parada en su libro *Una mirada al sesgo*, un ensayo que rema a favor de esta idea: el mundo es la suma de lo disperso, una distracción, y la escritura como un ir y venir de moscas, bailando en torno de los lectores. Lo que somos es la suma de los "hechos" simples de un día de semana, pedir un café, cortarte las uñas, peinarte o mirarte los zapatos, lo que "entorpece la vida" y al mismo tiempo la constituye. Cortázar en su *Último round* practica una inversión "de todo lo circundante". Las moscas son el resumen de todo lo simple, "contra los prepotentes que creen iluminarlo todo, expresarlo todo, contra una literatura elevada a soberbia e improbable cifra de lo real".

Basada en una idea de la escritura como discontinuidad, un proceso de la desposesión, López Parada intenta restaurar los retazos de una prosa breve que es menos ambiciosa y que se ahoga en la garganta del rey; una escritura que se sabe o admite su impotencia, reconoce sus limitaciones. El punto de partida es que no hay literaturas totales, síntesis y anuncio de lo que vendrá, sino apuntes, historias no acabadas, narraciones que se truncan en el siglo



Saúl Kammer

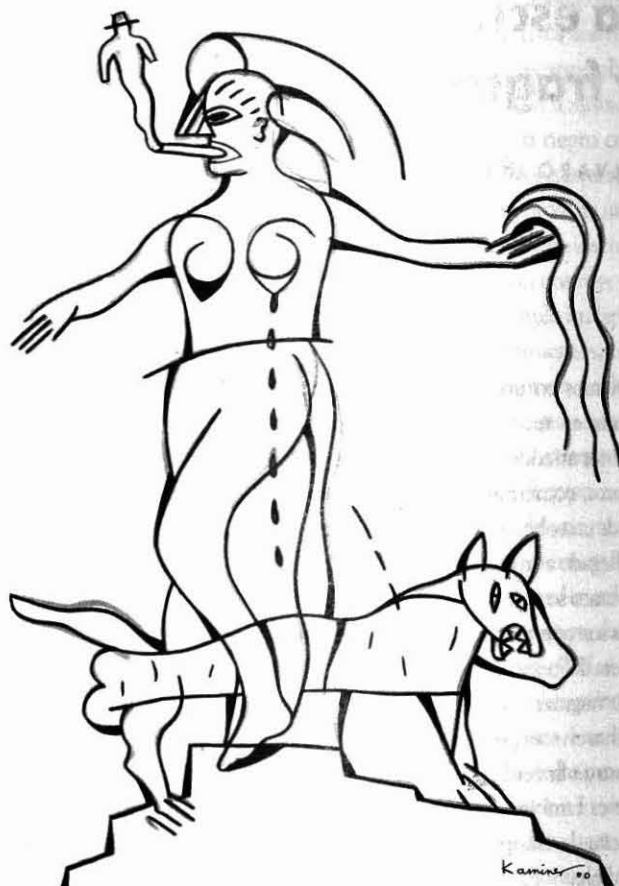
que se afanó en "producir ruinas, algo así como restos prefabricados". Creo que el intento de esta excelente crítica es quitarle peso, celebridad, a los escritores, inducirlos al trampolín de la escritura en proceso, mutante, de la que se apropian para llegar a un lugar que es también cambiante, relativo.

III

Nada mejor que el diario para ver esa literatura interior que cada uno lleva en sí mismo, la tendencia a la confesión de sus propios hábitos dentro de su cuaderno privado. El *Relato de mi vida* de Thomas Mann hace pensar en los artificios con que el escritor puede rodearse una vez que siente la necesidad de narrar no los hechos sino su propia experiencia acumulada. También la miscelánea narrativa, de géneros y gustos, que intenta Sergio Pitlor en *El arte de la fuga* es una muestra palpable de que el diario se resiste a aceptar la vida del diarista sin más, sin involucrar la escritura que lee y la que escribe su propia mano para

revelar al otro. Y Julio Ramón Ribeyro hizo del diario su proyecto literario, su confesión sobre penurias, sinsabores, empresas amorosas incumplidas, madrugadas de tabaco y alcohol dominadas por la indigencia, la falta de casi todo. Hay por tanto "una querrela entre vida y escritura"; el diario da cuenta de ella y es su motivo, en sus páginas hay una guerra entre la pluma y la espada. El diario echa mano de ambos.

Literatura autobiográfica, la del diario está hecha de vida y "de postergar la vida en nombre de su escritura", pero también es un sacrificio en nombre de otra vida, la que otorga el relato de la cotidianidad. Puede verse como la búsqueda del fracaso, la antesala del fin que en el caso de Ribeyro estuvo anunciando en su batalla cotidiana entre subsistencia y literatura. Sobre los absolutos, la frase que certifica el mundo como si se tratara de un laboratorio, la sentencia segura de un autor y una obra olvidando que su herramienta es el lenguaje: institución de soledades que refleja los despojos del mundo, lengua literaria que no reconoce la última palabra sino sólo la primera.



Saúl Kammer

Contra esta tendencia de la crítica soberbia, que sublimiza lo que toca, se erige el análisis creativo, de enorme disciplina y transparencia, de López Parada. Su intención no es la Obra sino una labor de rescate de los elementos que la despojan y al mismo tiempo la hacen posible. Detiene la mirada en los géneros que ahora se llaman híbridos pero que suelen ser el diario, la memoria, el apunte de la obra, las anotaciones, el texto que se niega a ser. El *Diario* de Ernst Jünger, compuesto por seis volúmenes "de apretada grafía", es una escritura bajo presión: el ascenso del nazismo y la proximidad de la guerra. Es una "nueva y copernicana literatura" de la profundidad, "de la observación más minuciosa, de la conciencia, pero también de la era del dolor y de la muerte". Es el diario como indicio de que estamos en pleno descenso.

IV

Nueva lectura de la producción literaria de América Latina, apuesta a favor de los

textos menos frecuentados por la crítica, el ensayo de López Parada establece un diálogo entre la obra y su tiempo. Es un llamado a revisar la visión académica de la literatura como totalidad, como la esfera que cuando se cierra deja afuera a todo lo demás. El trabajo crítico camina en otro sentido: el de las zonas menos habitadas de dogmas y de criterios uniformes; se atreve entonces a frecuentar lo que se encuentra fuera del círculo, en los márgenes de la esfera enfrentándose a una escritura del despojo y del vacío, del fragmento y lo perecedero. Cómo va a perdurar una escritura de espejos rotos en una sociedad cuya nomenclatura es lo disperso, la multiplicación de sus expresiones y de sus obsesiones. Hay una crítica que no atiende el llamado del mundo contemporáneo, que no abre los ojos sino que parece dormida. Y hay otra que ha concebido a la obra como un comienzo, siempre como el indicio de algo mayor, hecha de tropiezos y de anotaciones, y no de una totalidad. El crítico y la crítica van a tener que abandonar sus pretensiones, cerrar el cubículo, salir a la calle, empezar el camino de regreso en la deconstrucción de sus hábitos para construir un nuevo discurso, roto, fragmentado.

La lengua no sólo es la composición perfecta del palindromo —luz azul; amor, roma— que traza un “orden iluminado”, sino de la frase miserable, común como la de la mosca, ser invertebrado. “Frases perseguidoras de que están llenos nuestros libros”, que representan la escritura de Monterroso. Frases “terrenas que para atrás no significan nunca lo mismo, que incluso para ningún lado significan nada”.

Desde la crítica erudita, imaginativa de Pedro Henríquez Ureña que arraigó en por lo menos dos generaciones de escritores de México, Argentina y otros países, no hemos visto que esa disciplina o herramienta vuelva a su ruta original. Es preciso regresar al punto de partida: revalorar la literatura no consagrada, restablecer sus vínculos con los clásicos, analizando el paso de la escritura anotada de muchos autores. A Rulfo llega través de *Los cuadernos de Juan Rulfo*, no la obra que se supone terminada, como es *Pedro Páramo*. El proceso de lectura sufre una inversión: ya no es partir de un universo total, sino de los

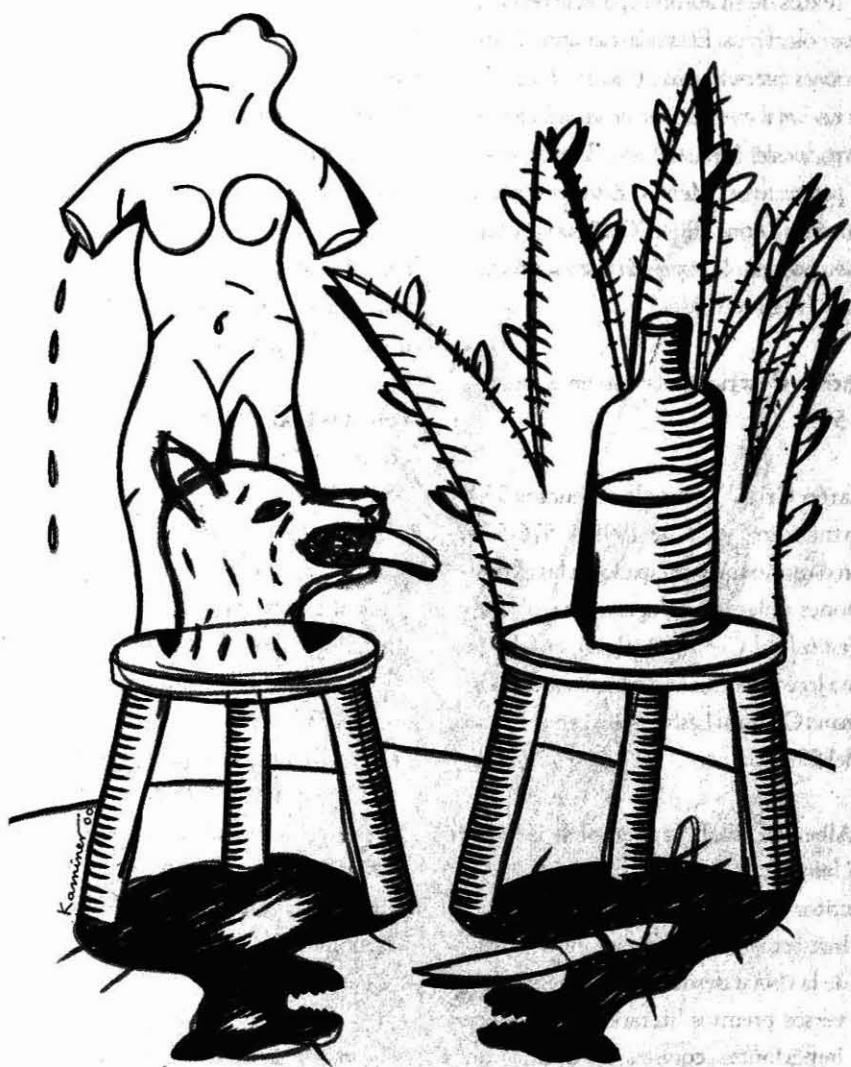
apuntes, la hoja suelta, que reconstruye el perfil fragmentario del autor, la dimensión inacabada de la obra.

Libros como el de Esperanza López Parada, *Una mirada al sesgo*, conjunto de ensayos sobre la literatura entendida como laberinto, como pluralidad voces inacabadas, es también una visión de mundo en la que el hombre aparece fuera del Paraíso, en lucha cotidiana ante la realidad fragmentada, huidiza, de la que forma parte. “En los márgenes entonces de las estructuras literarias consagradas, el relato limítrofe, híbrido realiza la inversión y revisión de lo habitual. Propone una escritura abierta y exterior, ubicua y móvil, capaz de recoger y emplear todos los códigos, modificar las jerarquías, capaz de exigir una nueva definición del

hecho artístico, de los materiales y prohibiciones de la creación”.

Tratado de una clase de expresión literaria, reflexión que busca alumbrar la parte oscura de la escritura hecha de tropiezos, equívocos, textos inacabados o que el autor abortó, *Una mirada al sesgo* es algo más que un ensayo sobre la escritura de las orillas. Es una mirada a la otra orilla en la que pasa la vida en su incensante fragilidad. Pero principalmente es un trabajo de gran concentración, en el que incide la prosa directa y poética de la autora con su imaginación puesta al servicio de una idea libre de la escritura y sus distintas formas de expresión. ♦

Esperanza López Parada, *Una mirada al sesgo. Literatura hispanoamericana desde los márgenes*, Iberoamericana, Madrid, 1999.



Saúl Kaminer